

ALEX PLER

LA NOCHE NOS ALUMBRARÁ

Selección de textos del blog Sombras de neón

⌚ → Vida ❤ → Amor ✈ → Viajes ⚡ → Azar

📖 → Libros 🎬 → Cine 📺 → Televisión 🎵 → Música

Diseño: Jose Soriano

Primera edición: Enero de 2014

© Alex Pler, 2013

Sombras de neón: <http://sombrasdeneon.blogspot.com>

Facebook: <http://www.facebook.com/alexpler>

Twitter: [@LeonardPler](#)

ISBN: 978-1494744366

Qué pequeño es tu universo cuando lo ves desde fuera. Presumías de anchas fronteras, pero no dejaban de ser cuatro paredes. Y el suelo tenía espinas. Dejaste que él las plantara. Ahora, con los pies magullados, te das cuenta de que tardarás en hacer otro viaje. Qué ridículo te ves ahora, sí, qué diminuto e inculto. Cómo vas a reinventarte si continúas siendo el niño que veía un mundo eterno en su castillo de arena.

Tenías las olas controladas, pero se escapó una más fuerte que sus hermanas y destrozó eso que habías construido. Ahora no es más que un montón de arena. Te propones reconstruirlo. Claro que antes tendrás que averiguar cómo darle forma a millones de granos de arena que se pegan en los dedos.

Lo bueno de los niños, y tú aún lo eres, es que no se rinden. Puede que lloren un poco, pero enseguida vuelven a coger el cubo, la pala, el rastrillo, lo que haga falta. Dan golpes, toquean, se manchan sin miedo. Y al final siempre se salen con la suya.

Con esa certeza, empiezas a cavar. En algún momento saldrá el sol y su calor en los hombros te animará a seguir trabajando. Y justo cuando termines, proyectada sobre esas torres que habrás vuelto a levantar, recuperarás tu sombra de neón.

2 ANTES DEL AMANECER

Tú no bajarías del tren con Jesse. Ahí radica el encanto de *Antes del amanecer*. La película te cuenta esa historia de amor que nunca vivirás. No estás tan loco como Céline. O no eres tan valiente, o no eres tan joven. Loco, valiente, joven. Quizá las tres cosas sean lo mismo. Y a demostrar que son todo eso juegan Jesse y Céline en su paseo por Viena. A presumir ante el otro que son interesantes y piensan cosas profundas.

El chispazo y las dudas del enamoramiento cuando todo es fácil porque tienes una ciudad a tu servicio, engalanada para que no puedas hacer otra cosa que mirar al otro cuando suena música, besarlo en la noria, compartir una mesa de pinball y una botella de vino sobre la hierba. Pasear, pasear mucho. Ellos en la pantalla y tú en casa, viéndolos una y otra vez como si fuera la primera. Descubriendo siempre nuevas frases, porque en los diálogos que intercambian Céline y Jesse siempre hay algo con lo que sentirte identificado o reflexionar.

Y el reloj. El que tú sentiste y el que cuelga sobre sus cabezas como la espada de Damocles. Ese reloj siempre pasa factura, porque llegado el final, ¿qué haces? ¿Qué se supone que puedes hacer? Cuando menos quieres responder esas preguntas, toca hacerlo. Relación tras relación. Te gustaría despedirte como en las películas románticas. No puedes. No pudiste. Así que cada noche de dudas y helado vuelves a *Antes del amanecer* en busca de algo que te hace feliz porque nunca lo vivirás pero parece al alcance de la mano. Sería tan sencillo como comprarte un billete y cambiar de asiento. La suerte haría el resto.

Intentas no pensar en él. Pero una canción salta en el aleatorio del iPod. Vuestra canción. La de ese verano de museos y mojitos en que os conocisteis. Y encima en esta estación de metro, la de Plaza España, donde empezaste a atar cabos. Aceleras el paso por las escaleras mecánicas, echas a correr, correr mucho, más que tú mismo. Desafías las leyes de la física: nunca podrás huir de algo que viaja dentro de ti.

Justo al girar el último pasillo, al hombre de delante se le rompe la correá del maletín. Cae al suelo como una losa. Pum. Te identificas con ese hombre trajeado, con la mezcla de angustia y alegría que aparece en su cara al verse por unos segundos liberado del peso con el que cargaba. Es una señal. Las cargas hay que soltarlas, romper la correá si es necesario.

Frenas. Y pierdes el metro. En el siguiente, te roban el iPod. Vas a poner la denuncia. Un poco a regañadientes, porque llegarás tarde. Y es ahí, en la cola de comisaría, sin esperarlo, donde ocurre. No suena música, pero gracias a eso oyes su voz. Y te giras y él te sonríe. Cortas rápido el contacto visual; no te sientes preparado, pero al menos ya sabes que no estás roto. Serás capaz de volver a enamorarte algún día. Si no te hubiera frenado el hombre del maletín, en vez de descubrirlo, quizás de tanto correr habrías terminado bajo las ruedas de algún metro.

Por sí solo, nada te cambia la vida. Una casualidad no es más que eso: una casualidad. Pero si te paras a pensarlo, abruma el montón de casualidades y decisiones aleatorias que conforman tu día a día. El invisible camino de baldosas amarillas que te ha traído hasta aquí. Justo aquí.

4 PERDIDOS

Los misterios eran necesarios. En una serie, solo la incertidumbre consigue que no te aburras. Nada más peligroso que acomodarte, dar por sentado algo. Se cumple el tópico: buscando respuestas te haces preguntas. A veces, lo conviertes en una huida hacia adelante. Te adelantas a los acontecimientos para saber qué hay después. Los personajes de *Perdidos* subieron a ese avión para escapar de todo. Cuando desembarcaron en una isla donde nadie los encontraría, su búsqueda se mantuvo: querían redimirse, sentir que su vida tenía algún sentido. La mitología llegó después para reflejar sus confusiones. Usaron ciencia y religión como métodos de alimentar la esperanza. Aferrarte a algo intangible o basarte en teorías no siempre demostrables. No hay tanta diferencia.

Todo esto lo comprendes ahora, después de tantos años sin *Perdidos*. Cómo han cambiado las cosas. Da vértigo echar la vista atrás. También mirar hacia adelante: el camino se desdibuja en el horizonte. Lo importante es el recorrido, intentas decirte. Explorar las junglas y las ruinas que el destino siembra a tu paso hasta llegar a esa pista de aterrizaje que tú mismo ayudaste a construir. No tendría sentido volver atrás. Ahora ya conoces todo lo que les ocurrirá a aquellos personajes, cómo luchan, cómo se enamoran, cómo mueren. No, no soportarías revisionar entero tu pasado. Por orden cronológico, sin poder saltar nada. Gritándole a la pantalla "¡No hagas eso!" con la angustia de saber que no cambiarías nada. Tienes que centrarte en el futuro. Conseguir pequeñas cosas, una a una.

Porque al final del día, nunca buscas grandes respuestas sino pequeños consuelos. Por encima de las aventuras, muy por encima de todos tus problemas, dudas, logros, en el fondo quieres lo mismo que esos náufragos. Sentir que ya no eres un fugitivo, que ya no estás solo.

Por amor merece la pena arrastrarse. Eso te enseñan en las películas, los libros, las canciones. Que el amor exige sacrificio. Tienes que sentirlo como mil puñaladas, soportar cualquier penuria por amor. Estar solo sería casi peor que estar muerto, porque por ti mismo no vales nada: lo único bueno que tienes es gracias al amor de otra persona. Y el olvido es imposible. No busques ser feliz, sin amor jamás podrías serlo. Vuelve a esos brazos de espinas que son mejor que nada.

Todo mentira. Lo decides ahora, cubierto de vendas. Te niegas. El amor de verdad no duele, no es una jaula, por mucho que la forren de terciopelo. En adelante, quien te quiera, nunca te hará llorar; si acaso, te hará llorar de felicidad, pero llorará contigo. Jamás te obligará a humillarte por él, no te propondrá sacrificios egoístas. Sin decir nada, te tenderá la mano para que, con tranquilidad, piedra a piedra, construyáis juntos un refugio para el invierno. Y al terminarlo, entraréis y os diréis el uno al otro "Gracias". La misma sonrisa en vuestros labios.

Para comprenderlo, primero has tenido que pisotear tu propia idea de amor. Intentaste aferrarte a ese sentimiento hasta que un día descubriste que no estabas luchando por mantener la llama, sino traicionando todo aquello en lo que creías. Y que ya era demasiado tarde para recular. Habías manchado tanto tus sentimientos que no los reconocías.

Pero más allá del desierto, siempre aguarda un oasis. Eso lo has descubierto al naufragar. Estás solo y solo te levantas. Pasas de desgañitarte con baladas a dar palmas en plena calle con música de baile. Te vuelves a valorar a ti mismo. Tarde o temprano descubrirás junto a ti a alguien que sabrá apreciarte como siempre mereciste. La vida tiene que ser bonita y el amor también. Ni más, ni menos. Si otras historias no lo ven así, ya escribirás tú otras donde ocurra.

6 SORPRESAS

No hace tanto, odiabas los imprevistos. Detestabas, por ejemplo, quedar con alguien y que se presentara a la cita con otra persona. Detestabas los cambios de hora repentinos, que ya no quedasen entradas para la película que querías ver, los clientes que entraban a última hora justo el día que tenías que salir antes, pedir un regalo concreto y que te regalaran otra cosa.

En esta época de cambios, vas aprendiendo a disfrutar de las sorpresas con que tropiezas. Perderte en el Gótico, creer que ibas a la calle principal y acabar en una escalinata donde los turistas toman vino blanco. Sí, a veces hay que tomar otras rutas para llegar a un lugar mucho mejor. Te gusta, por ejemplo, sumergirte en las páginas de un libro de un autor que no conoces pero que viste de casualidad reseñado en una revista mientras la hojeabas en el dentista. Y que ese libro comprado por impulso sea justo el libro que necesitabas leer ahora.

Te gusta que los reproductores de música siempre acierten contigo. Que por culpa del despiste del amigo en común, acabes cenando a solas con un conocido. Así os podéis conocer mejor, poneros al día, descubrir conexiones. Relajarte hablando de todo y nada: cómo lo necesitabas. Te gusta descubrir que, contra todo pronóstico, la cerveza japonesa sabe mejor que cualquier otra. O que un paseo por el Retiro truncado por la lluvia acabe en una agradable tarde con amigos, compartiendo un capítulo de esa serie que no te atrevías a ver solo.

Ahora te gusta la incertidumbre. Recorrer la vida sin darle más vueltas, transformar las prisas en un potaje cocinado a fuego lento. Añades todas las cosas que te encuentras y disfrutas del misterio. Ese no saber todavía qué sabor tendrá la mezcla. Sospechas que uno muy bueno.



Puedes sobrevivir sin música, pero las calles de Barcelona las recorres más a gusto con Ace of Base cantándote al oído *Beautiful Life*. La ciudad cobra vida, el plató de un videoclip del que eres el único protagonista. Subes las escaleras mecánicas del metro al ritmo de *Get Outta My Way* de Kylie, te dejas perder en la noche con *Wonderful Life* de Hurts. El mar sabe a Coldplay, las Ramblas huelen al caluroso *No Es Lo Mismo* del primer amor. Las fuentes de Montjuïch, por supuesto, solo son de Freddie Mercury y Montserrat Caballé. Con LCD Soundsystem llegas puntual y nadie cura las heridas como Whitney Houston. El subidón de *Hombres* de Fangoria te lo reservas para cuando bajas del autobús y te golpea el aire frío de Gran Vía. Con *No Sé Qué Me Das* recorres cualquier rincón "como el viento cuando cruza la ciudad".

En cambio, nunca te acostumbrarás a disfrutar de Mecano por Barcelona. Cuando por fin salta en tu nuevo iPod *La Fuerza Del Destino*, estás en Madrid, entre el caos de la Gran Vía y las plazas que aparecen por sorpresa. En busca de tu futuro, te aferras a cada nota con una fuerza nueva. "Nos vimos tres o cuatro veces por toda la ciudad...". Acabas de reciclar otra canción. Ya no te recordará a los viajes por Europa en el coche de tus padres sino a este momento, a esta espera bajo el cartel de *Sonrisas y Lágrimas*.

Asocias canciones con cada persona importante que pasa por tu vida, es una vieja costumbre. Una canción para cada persona. Y ahora sumas otra. Pase lo que pase cuando él llegue, te quedas con esta sensación. Quizá cada uno siga su camino, pero siempre resonarán en tu cabeza esas cuatro notas.

8 CASILLA 1

No es lo mismo querer estar bien que estar bien. Forzar una sonrisa que sonreír. Al salir de una mala época, la contrarrestas con fiesta y felicidad. Te ves empujado, no hay otra opción. Es hacerlo todo o hundirte.

Por eso te colocas una máscara sonriente, sales más, quedas con amigos, te obligas a reír a carcajadas, conoces gente, saltas hasta el techo, vas a conciertos a los que jamás habrías ido en tu vida anterior, aceptas mil y un planes, llenas el iPod de canciones vitalistas y te dejas la voz cantándolas. Tus estados de Facebook parecen eslógans de un anuncio de compresas. Y como es lógico, todos se alegran de verte bien otra vez. Ya tocaba.

No deja de ser una euforia artificial, pero confías que también sea el preludio a ese maravilloso día en el que, por fin, la sonrisa se colgará sola de tu cara, sin que tengas que invitarla. Habías olvidado esa expresión tuya, ese brillo en los ojos.

Y te gustará, y la gente notará ese cambio, y te gustará que lo noten. De vuelta a la casilla 1, feliz de poder tirar los dados porque habrás recuperado la certeza absoluta de que saldrá un doble 6. No puede ser de otra manera.

☺ → 10

☻ → 46

Los reencuentros nunca salen como esperas. Sobre todo si ocurren de improviso. Después de 9 años, desearías que nada más verse, Jesse y Céline se fundieran en un abrazo y enseguida en un morreo de hora y media, y pusiera THE END y salieras del cine satisfecho.

Pero no. Ellos ya no son los mismos, tú tampoco, el romanticismo ha dejado paso al desencanto.

En las primeras escenas, la tirantez entre ambos es más que evidente. La llama sigue ahí, agazapada en un rincón, pero no acaba de reavivarse. Como en la vida real. El tiempo ha pasado, las personas cambian, cuesta reconocerse, y precisamente porque apetecería decir tantas cosas, no te atreves a decir ninguna y solo hablas de banalidades, con la esperanza de que esas banalidades lleven a alguna parte.

Y esta vez el reloj de arena se escurre aprisa, como tragado por un agujero negro. No pueden desaprovechar esta segunda oportunidad. Apenas hay tiempo para buscar algo en común más allá de los sueños rotos y las frustraciones. La vida los ha transformado: ya no son los adorables jóvenes idealistas de antaño. Ahora son más maduros, pero también un poco más estúpidos. Intentaron cambiar el mundo y el mundo les cambió, tiene esa manía; intentaron enamorarse y no les salió muy bien tampoco.

Jesse y Céline son dos trozos de hielo paseando por una soleada tarde de París. Ya no están en un rincón desconocido de una ciudad desconocida ni tampoco llenan las horas escuchando un disco que no saben ni cómo es. Están en la ciudad del amor, buscándolo a tientas, contrarreloj. Quizá la urgencia sea mejor consejera de lo que piensas. Cuando ya no tienes nada que perder, perder el avión puede ser ese milagro que anhelabas.

10 LA CAMA

Podría faltarte cualquier otro mueble, pero nunca una cama. Es mucho más que un colchón, un somier y una estructura. Naces y mueres en una cama. Tus primeros meses los pasas en una cuna, diminuta y amurallada. Todavía no se te permite explorar el mundo. Te acurrucas entre las sábanas para protegerte de los monstruos que acechan en la oscuridad.

Luego esperas en la cama: que vengan el Ratoncito Pérez, Papá Noel, los Reyes Magos. Desobedeces la orden de ir a dormir y, linterna en mano, lees tus primeros libros "de adulto". Una noche empiezan a dolerte las piernas: tus huesos se alargan, te haces mayor. Llegan las primeras pajas. Y la rutina irrumpre en tu vida con los timbrazos del despertador.

En la cama, aprendes qué es el sexo. Aprendes a temblar con la caricia de otro. Gimes y susurras "Te quiero". No siempre serás sincero, pero a veces sí, se te escapa. Solo en la cama te desnudas hasta ese punto. Y en momentos de debilidad aún temes enfrentarte al mundo tú solo; llegas a perderte entre tantas sábanas. Otras veces sonrías al despertar frente a otro rostro que te mira. Desayunar en la cama es la antesala de un día perfecto.

Nadie aconseja como tu cama: la respuesta está esperándote justo en ese hueco que deja el pijama al guardarlo cada día bajo la almohada. Cuando llueve, construyes tu refugio entre el calor de la colcha mullida. Un abrazo en la cama parece más abrazo que fuera. Los mejores discos los disfrutas antes de dormir, con cascos y los ojos cerrados.

Siempre soñaste con una cama de matrimonio y, ahora que por fin la tienes, te asusta que tus brazos no puedan abarcarla. Demasiado grande, demasiado rígida, demasiado fría. Pero te acostumbrarás. Dejas el resto de cajas a medio abrir. Por hoy es suficiente. Te tumbas en tu cama, ya estás en casa.

Aquí está el papel. Ya lo dabas por perdido. Estabas convencido de haberlo dejado entre las páginas de un libro, en el escritorio, en el cajón de la mesita, tirado a la basura para siempre. Y hoy has dado con él. Ibas despistado por la calle, te ha puesto a buscar el mechero en el bolsillo de tu chaqueta y de rebote lo has encontrado.

"Solo encuentras lo que no buscas." Casi puedes a oír a tu madre, cuando ibas los domingos a comer y te ponías a buscar una lata de Coca-Cola en la nevera pero no dabas con ella, por más tarros y embutidos que removieras en los estantes. "Cómo vaya yo y la encuentre", amenazaba ella por el pasillo, y encontraba la lata a la primera, claro. Era su superpoder de madre. Te la daba con una sonrisa y zanjaba la cuestión con su misteriosa frase.

Ahora sabes que tenía razón ella. Que por muchas vueltas que des, las cosas que más deseas nunca las encuentras: te encuentran ellas a ti. Como este papel. Siempre estuvo aquí. Sin tú saberlo, ha viajado contigo todo este tiempo, de paseo en paseo, en las fiestas. Pero como no tenías a tu madre detrás para encontrarlo, has tenido que olvidarte de la existencia del papel para que al final apareciese. Ya ni siquiera recuerdas por qué anotaste este teléfono. Han pasado muchos meses. Pero vas a llamar, a ver qué pasa.

PAUSA PUBLICITARIA

Muchas gracias por leer esta pequeña muestra de *La noche nos alumbrará*. Espero que te haya gustado. Si quieres saber qué ocurre con esa llamada, seguir viajando, o bucear entre más libros, películas y discos... recuerda que el libro completo tiene 196 capítulos.

Consíguelo en Amazon:

Versión en papel → <http://amzn.to/1ayI7LK>

Versión Kindle → <http://amzn.to/1kMyYcj>

¡Gracias! ☺ ☺ ☺

Un abrazo,

Alex Pler